

CLÁSICOS LATINOAMERICANOS. PARA UNA RELECTURA DEL CANON.
Volumen I - El siglo XIX y Volumen II - El siglo XX. Grínor Rojo. Santiago: LOM, 2011.

La tesis de un complot internacional (de los estudios culturales) contra los *clásicos*, que tanto atormentaba a Harold Bloom en 1994, debe ser descartada. Dicho esto, Grínor Rojo no deja de agregar: “ojalá que existiera” (Vol. I 9). Así inicia su propia versión del canon latinoamericano, su polémica lista de doce autores, en la que se ha permitido omitir a Sarmiento y arriesgar la inclusión de Julieta Kirkwood. Son dos volúmenes, uno para el siglo XIX y otro para el XX, en los que se escucha todavía algo del acento de Bloom y de su disgusto ante el panorama reciente de la crítica literaria y cultural. *Clásicos latinoamericanos. Para una relectura del canon* va a contra corriente del momento actual de las Humanidades en que las líneas de investigación principales apuntan precisamente a tomarse en serio lo no canónico, a desjerarquizar los géneros e ir más allá del Libro: testimonios, diarios de vida, oralidad, grafitis, canciones de bolero, reggae, bossa nova, industria cultural en general. En este escenario de la crítica latinoamericana a Rojo le ha parecido necesaria una defensa de los textos canónicos que sea capaz de desmontar la falsa antítesis que los opondría, en tanto textos ‘cómplices’ del poder, a otros textos libertarios a priori, es decir, los que se escriben en el margen (Vol. I 11). El problema de este tipo de supuestos es que implicaría abandonar a los clásicos en manos del “politicastro o el gestor cultural de turno” (Vol. I 12) y de las interpretaciones unívocas de la cultura oficial, algo que la crítica latinoamericana, en definitiva, no se puede permitir.

A diferencia de otros grandes trabajos en torno al canon latinoamericano, como *Mito y archivo* (1990) de González Echevarría, aquí no existe una metanarrativa que entrame los capítulos en un argumento mayor, no hay ‘ficción del archivo’, sino sencillamente la figura implícita del investigador y del archivista que apila y expone sus trabajos en un registro catedrático. *Clásicos latinoamericanos...* es una compilación de artículos antes que un libro o un ensayo. Es el resultado de más de diez años de investigación dispuesto en once capítulos – doce autores canónicos – cronológicamente ordenados: Simón Bolívar, Andrés Bello, Machado de Assis, Rubén Darío, José Martí, José Enrique Rodó, Mario y Oswald de Andrade, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez y Julieta Kirkwood. Se nos ofrece una erudición que va más allá de los textos canónicos, matizando y problematizando las tesis principales que estos contienen con otros escritos y documentos de más difícil acceso: correspondencia, artículos de periódico, colaboraciones en revistas, memorias, etc. En alguna ocasión Rojo se refiere a sus extensas exposiciones bibliográficas como un “vastísimo almacén escriturario” (Vol. II 154). Efectivamente podría discutirse que aquí haya un exceso de páginas, de temas y de referencias. Sin embargo, al considerar estos volúmenes en su

calidad de material de referencia – que sin duda lo son – el exceso podría considerarse también una virtud.

Por ejemplo, a Rojo le ha interesado particularmente el problema de las bibliotecas. A cuáles efectiva o verosímelmente habrían acudido los autores y qué libros había allí. Bolívar leía a Rousseau, Bentham y especialmente a Constant. Se conjetura que Andrés Bello debe haber conocido a cierta corriente de filósofos escoceses del XVIII – Thomas Reid, Dugald Stewart y Thomas Brown – que moderaron las tesis empiristas de Hume, y que le permitieron al venezolano afirmar ante un auditorio conservador de autoridades chilenas la conciliadora tesis de que “todas las verdades se tocan”. Rubén Darío se aficionó por primera vez a los parnasianos y decadentistas franceses en las bibliotecas de Balmaceda y de Samuel Ossa Borne. Machado de Assis lee a Sterne y a Swift. Rodó no se entiende sin sus lecturas de Kant y Schiller. Oswald de Andrade tiene por libro de cabecera *Totem y Tabú* de Freud. García Márquez a Joyce, Faulkner y Hemingway. Por su parte, Borges concibe como escena primaria a la biblioteca de su padre, Jorge Guillermo Borges Haslam, “el hecho capital de mi vida” (citado en Rojo Vol. II 226). Luego sería la Biblioteca Nacional, y finalmente, la utopía de una biblioteca infinita. Repito aquí una cita de Borges en la que se insiste: “Yo creí, durante años, haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en un biblioteca de ilimitados libros ingleses” (Vol. II 193), entre los que Rojo quiere destacar sobre todo a R.L. Stevenson, a T.E. Lawrence, a Kipling y a Conrad. Es en torno a discusiones sobre bibliotecas que arrancan las más interesantes propuestas de esta colección, y me ha parecido uno de los puntos fuertes de *Clásicos latinoamericanos*...

Simón Bolívar escribió en 1826: “Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón” (citado en Rojo Vol. I 32). Los clásicos de Grínor Rojo comienzan con la era republicana y el despertar de la conciencia de los grupos criollos respecto a sus responsabilidades políticas y a sus desafíos institucionales y culturales, en particular, la necesidad de articular su incómoda posición entre la cultura metropolitana (colonizadora) y la cultura autóctona (colonizada). Los textos elegidos están cruzados por la siempre revisitada y nunca del todo resuelta antítesis entre civilización y barbarie. Al respecto, Rojo adopta una postura antisarmientina –insisto en su decisión de sacar a Sarmiento de la lista– y toma partido por el humanismo inclusivo de Martí. Sin embargo, no logramos salir mayormente de la Ciudad Letrada de Rama y de sus ansiedades. Suele repetirse la imagen del escritor en la metrópolis latinoamericana moderna que busca algo perdido que no está del lado de los libros. Al tratar a Pablo Neruda, el autor rescata una olvidada tesis de licenciatura de Jaime Concha para dar con la fórmula: “la vehemencia por el Fundamento” (citado en Rojo II 135), pero un fundamento “no occidental” (II 140). La ‘barbarie’ adquiere la forma de reliquia o ruina que el poeta debe mudar en imagen poética mediante ‘iluminaciones profanas’ (a lo Benjamin). A lo largo de su

investigación, Rojo expone un vasto repertorio de soluciones parciales, más o menos felices y más o menos complejas, a esta problemática: primitivismo, indigenismo ingenuo, defensa del mestizaje, antropofagia, iluminaciones profanas de ruinas pre-coloniales, ‘antiantiimperialismo borgeano’ o las posiciones ‘in between’. Ante todo hay que evitar las postales nacionales y cuidarse de las apropiaciones de lo tradicional por el caudillo de turno, por el Estado o por la élite dirigente. Otra solución: en la *Revista de antropofagia* de Oswald de Andrade, la consigna consiste en ir en busca de lo natural pero sin generar como trabajo un ‘código de lo natural’ (Vol. II 111). Solo así aparecería el ‘hombre natural’ y no el primitivo de Sarmiento.

Otro aporte importante de *Clásicos latinoamericanos...* consiste en haber logrado integrar armónicamente y con una extraordinaria densidad cultural algunos nombres brasileños fundamentales dentro del panorama ya conocido de los clásicos hispanoamericanos. En el volumen I tenemos a Machado de Assis y su *O alienista* (1881), en donde se relata la aventura tecnocrática del Dr. Simao Bacamarte, quien tras haber estudiado en Coimbra (Portugal) intenta montar un manicomio en Itaguaí (Brasil), su pueblo natal. En base a esta escena originaria de la tecnocracia en América Latina, Rojo presenta detenidamente una disputa que le parece fundamental y que recorre los dos siglos de su investigación: las tensiones entre el purismo del ‘saber especializado’ (de procedencia metropolitana), la *doxa popular* o el tradicionalismo y las posiciones pragmáticas mediadoras (usualmente asumidas por los políticos). Se trata de un asunto problemático hasta la fecha y que tendría sus orígenes nada menos que en Bolívar, “el primero de nuestros tecnócratas” (I 25). En el volumen II se presenta a Mario y Oswald de Andrade, la semana de arte moderno de 1922 y el despegue del modernismo brasileño –el vanguardismo “más poderoso de América Latina” (II 74)–, a través de las revistas *Klaxon* y *Revista de Antropofagia*. Este es quizás el capítulo más heterogéneo de la colección, en vista de que le da mayor espacio a voces no magistrales, cuya emergencia es asociada al auge de los grupos medios y de su participación creciente en la cultura y en la escritura. Se deja de atender por un momento al libro y al registro académico para revisar los papeles circulantes (revistas o pedazos de libros) y los proyectos colectivos de escritura. No creo que este gesto de Rojo cause ‘estupor’ –como dice temer (II 75)–, especialmente si nos tomamos en serio la premisa que había señalado en sus prólogos según la cual se proponía realizar un canon de la ‘escritura latinoamericana’ y ya no de su ‘literatura’.

Si bien tengo claro que estamos hablando de Los Clásicos, tal vez sea atendible discutir la hegemonía sin mayores contrapesos que en estos volúmenes ejerce la ‘voz magistral’, es decir, aquellos autores que han enunciado en base a grandes prosopopeyas, adoptando la voz de autoridad, el enciclopedismo y la ilusión de totalidad, diciendo ‘soy todo saber’. Uno llega a preguntarse si acaso podría haber un más allá de la oratoria y de la escritura magisterial que eventualmente pudiese figurar en algún canon latinoamericano, o bien, si esta noción ha quedado constitutivamente entrelazada a

tal registro. (Su contraparte podría formarse a partir de escritores problemáticos para la ciudad letrada, como Roberto Arlt, o, para el caso chileno, Carlos Droguett, solo por dar algunos nombres con mala oratoria). Da la impresión de que en el momento actual de la escritura –el de los 2000–, el registro del maestro parece especialmente problemático o difícil de ejercer. Son pocos los que aún logran –o se atreven– a situarse en el podio (de Bello) para retomar la voz del maestro, la del humanista integral, y articular por ejemplo un panorama tan vasto como el que Rojo ha desplegado en estos dos volúmenes. Su lectura es una extensa cátedra en la que los discursos vuelven a encontrarse, como en aquella esfera pública orgánica que nos propuso Julio Ramos para imaginar la Polis de Bello y de Sarmiento. En *Clásicos latinoamericanos...* los saberes no dejan de entrelazarse: historia, ciencia política, análisis semiológico y retórico, estudios de género y subalternos, economía política, sociología, algo de estética y filosofía, filología... Las escrituras hacen lo suyo: novela, poesía, ensayo, manifiestos, memorias, biografía y autobiografía. Los compartimentos disciplinares están desmontados –¿será algo también fomentado por los textos canónicos?– y Rojo repite con Bello que todas las verdades se tocan.

Existe una última polémica importante respecto de una de las tesis fundamentales que Bloom repite majaderamente en su *Canon Occidental*: “[r]eading the very best writers –let us say Homer, Dante, Shakespeare, Tolstoy– is not going to make us better citizens” (16), y que “[i]t was a mistake to believe that literary criticism could become a basis for democratic education or for societal improvement” (ibíd). Muy al contrario, potenciando la estrecha relación señalada entre canon latinoamericano, polis y ciudadanía, Grínor Rojo da a entender, hacia el final del segundo volumen, que el objetivo trascendente de su versión de los clásicos, y del trabajo crítico que ha realizado en torno a ellos, consiste precisamente en la persecución o producción de ‘un discurso emancipador contemporáneo’, que implicaría la reformulación de términos tales como “soberanía, ciudadanía, derechos ciudadanos, lo político y la política, la legitimidad de las demandas y la relación entre las demandas legítimas y su fundamento identitario” (II 364).

Jorge Manzi
Pontificia Universidad Católica de Chile